Bn
RD863.44
P298a
e.3

PATIN MACEO

ABALORIOS

IMPRENTA LIBRERIA DOMINICANA
CIUDAD TRUJILLO, R. D.
1 9 5 6
AÑO DEL BENEFACTOR DE LA PATRIA

Biblioteca
Nacional
PEDRO
HENRIQUEZ
UREÑA

EXLIBRIS

Martinez Boog

COLECCION

Para el poeta y
amigo Ramón Pérez
Ortiz

Ex corde

Palmaco

6 de abril de 1957

32432
Dig.

PATIN MACEO

ABALORIOS

COLECCION
"MARTINEZ BOOG"
SANTO DOMINGO, - REP. DOMINICANA

IMPRENTA LIBRERIA DOMINICANA
CIUDAD TRUJILLO, R. D.
1956
AÑO DEL BENEFACTOR DE LA PATRIA

32432_10

BNPHU
PD-RV
RB 863.4
P298a

PN
M.63.H
P283

PALABRAS LIMINARES

Algunos de estos cuentos, chistes y pensamientos me los regaló la calle; los otros los he sacado de mi propio ingenio. Si con ellos lograre, lector carísimo, darte ratos de agradable esparcimiento, me tendré por bien pagado y satisfecho.

El autor

Reg. No.001951

COLECCION
"MARTINEZ BOOG"
SANTO DOMINGO, - REP. DOMINICANA

ABALORIOS

Una milenaria experiencia certifica que el sér humano es perverso *a nativitate.*

El hombre, sea cual fuere su raza, nace perverso.

Con la historia en la mano se puede probar que la estirpe humana, sujeta más a los instintos que a la razón, ha consumado en todos los tiempos, desde los troglodíticos hasta la época presente, unos mismos crímenes.

Después de tantos siglos el hombre permanece moralmente a pocos pasos de la caverna.

En él hay latente la barbarie, y en llegando la ocasión, cuando no le tiene a raya la fuerza bruta, se convierte en horrenda y fiera bestia.

El hombre es adulto de razón; pero no de conciencia.

Nace el niño, crece, asiste a la escuela; lo educan los padres y los maestros, y aunque no ve nada malo, se inclina a la maldad más injusta.

El niño golpea al perro, que es su compañero de juegos y que le quiere con esa fidelidad no hallada entre los hombres.

El niño captura y mata las inofensivas lagartijas y tira del rabo al gato de la casa, cuando no le vapulea con maligna saña.

La educación, aseguró alguien, hace que uno parezca por de fuera como debiera ser por de dentro.

En ese niño de hoy está el delincuente de mañana, el avaro, el homicida, el ladrón, el estafador, el soldado, que mata al enemigo con diabólica rabia, o entra a saco en un pueblo y asesina, incendia, estupra y convierte a ese pueblo, antes próspero y pacífico, en horroroso infierno.

Es tan ingénita la perversidad en el hombre, que en ocasiones se muestra perverso sin saberlo, o sin tener el más leve motivo.

Vas por la calle, topas con un amigo, y

con la mayor naturalidad te mira y exclama: ¡Oh! ¡Qué flaco estás! Ve a un médico, porque tu aspecto es de enfermo.

Si encarneces te dicen: ¡Qué gordo! Líbrate de la obesidad, que es peligrosa.

Si le dices a uno que te duele el cerebro o la parte derecha del abdomen, te intranquiliza, porque te manifiesta su fingido temor de que sea un amago de congestión o un principio de apendicitis.

Si se propaga que un enfermo se halla próximo a la muerte, la gente lo comenta con mal disimulado alborozo.

Si mejora el enfermo, no le gusta a la gente.

Si corre la voz de que una persona se suicidó en un pueblo y poco después se aparece, casi todos se muestran un si es no es apesadumbrados.

Si una corbata que luces te costó dos pesos, alguien ríe burlonamente de ti, porque te dejaste engañar como un chino.

Esa corbata me la vendieron por un peso.

Conozco a un hombre que cuando está a la mesa, piensa, para que la comida le sea más deleitosa, que hay muchos hambrientos a esa hora, y cuando llueve, piensa, para que la cama le sea más blanda y tibia, que por los caminos largos y enlodados, andan afligidos no pocos infelices debajo de torrenciales aguaceros.

¡Hasta cuándo, Señor, el hombre al cual hiciste, según él, a tu imagen y semejanza, vivirá, a despecho y pesar de la virtud, el bien y la verdad, siendo el implacable verdugo de los que debieran ser sus hermanos en un mundo de paz, de amor, de libertad, de venturanza y de justicia!

X X X

Un individuo demasiado cabezón va camino de su casa. Va con lentitud y con semblante contrito. Un amigo que viene en dirección opuesta, se detiene frente a él y le pregunta: ¿qué te ocurre? ¡Ay!, —contesta,— hace como una hora que me duele la cabeza.

Y el otro añade chuscamente: ¿pero te duele toda?

XXX

Si quieres que los otros te busquen, no busques a nadie.

XXX

En la vida de todo hombre siempre se oyen las pisadas de una mujer.

XXX

Al bebedor consuetudinario le comunica su esposa, mujer de menguado entendimiento:

—Mañana, para variar, en vez de carne de vaca compraré hígado y sesos.

—Me place en extremo, —comenta él—; pero no eches en olvido, que el hígado es para mí y los sesos para ti.

XXX

Una señora se pone a esperar en una acera una *guagua*.

Acompañan a dicha señora dos hijos, un varón de poco más o menos siete años y una hembra de hasta ocho.

El varón ve cruzar la calle a una mujer con la barriga a la boca y pregunta:

—¿Por qué, mamá, esa mujer tiene la barriga tan grande?

—Porque tiene hidropesía.

—¿Y qué es hidropesía?

—La barriga llena de agua.

La hembra, que era toda oídos, agrega al punto:

—Entonces, mamá, ese muchacho tendrá que ahogarse ahí.

XXX

El amigo.— Me aseguran que ya no bebes.

El poeta.— Sí.

El amigo.— ¿Hace mucho?

El poeta.— Sí.

El amigo.— ¿Desde cuándo?

El poeta.— Desde anoche.

XXX

Era escéptico sobre humorista y solía ex-

presar: cuando pasan muchos días y no se muere un amigo, me pongo triste.

XXX

Dicen que el cero a la izquierda no vale nada; pero tal cosa es desmentida por los automóviles oficiales.

XXX

Conozco los zarpazos de la envidia
y las feroces garras de la infamia;
conozco la derrota, y la perfidia,
y los dolores íntimos del alma.

Pero con todo eso estoy tranquilo;
pero con todo eso estoy muy fuerte
para emprender mi viaje a lo infinito
en esa barca negra de la muerte.

XXX

Yo —vociferaba un borracho— gracias a Dios, soy ateo.

XXX

Escenario: una aldea.

Personajes: un mozo del partido, un amigo suyo, que es tan libertino como él, y el

cura, que a pesar del hábito que viste, no está en olor de santidad.

El mozo le dice a su amigo: vamos ahora a la iglesia; me quiero confesar con el padre Cirilo, que así se llama el clérigo bigardo.

—¿A confesarte? ¿Y te atreves a eso?

—¿Por qué no? Yo también soy cristiano y deseo limpiarme de culpas.

Alabo tu descaro.

Yo, prosigue el libertino, hago ni más ni menos que los otros. Ellos cometen abominables pecados, son usureros, carnales, calumniadores, mentirosos, hipócritas, aduladores, traicioneros, egoístas, soberbios con los humildes y serviles con los grandes.

Ellas se ufanan de sus fingidas virtudes y viven siendo, por sus liviandades, las más despreciables y sumisas esclavas del demonio.

Yo tengo la sinceridad de mostrar mis vicios y de no disculparlos.

No palio mis desvergüenzas ni mis faltas.

—Eres —le declara el amigo— paradigma de inmoralidad y flor y nata de insolencia. Si la vergüenza y la honestidad te vieran, se pondrían a temblar llenas de miedo.

Llegan a la puerta de la iglesia; suenan las once de la mañana.

Se oyen a distancia la bocina de un automóvil y el chacolotear de las herraduras de unos caballos al galope.

En las estrechas calles el sol hace sudar a los aburridos peatones.

Entra el cínico. Se arrodilla junto al confesionario.

El padre Cirilo se halla dentro como una cotorra en una jaula.

—Padre, me acuso de haber estado varias noches en brazos de una mujer.

—¿Y quién era?

—Imposible, padre, mi discreción me impide revelar el nombre de la mujer que me regaló tan dulces caricias.

BIBLIOTECA NACIONAL SANTO DOMINGO

—¿Fué Isabel, hijo mío, la que vive en la esquina?

—No, padre.

—¿Fué Hortensia, la viuda?

—No, padre.

—¿Fué la hermana del boticario?

—No, padre.

—¿Fué la sobrina del sacristán?

—No, padre.

—Hijo mío, eres demasiado terco y sólo como penitencia te impongo, porque tu pecado es casi venial, que reces doce padrenuestros y otras tantas avemarías.

—Está bien, padre, lo haré.

El cínico se levanta, va a la puerta, donde le aguarda el amigo, y entre risas le dice:

—Ya me confesé, y pude sacarle al cura varias *direcciones.*

XXX

Le dice un bebedor a otro: si en vez de hacer con el vaso así, lo hubieras hecho al revés con una pelota, hubieras sido el mejor *picher* nacional.

XXX

¿En qué se diferencian los pollos y los enamorados?

En que los pollos, mientras más viejos, más duros y los enamorados, cuanto más viejos, más tiernos.

XXX

Doña Ramona manda a su sirvienta comprar dos libras de hielo en el cafetín de la esquina.

Media hora después regresa la sirvienta y dice a doña Ramona: no he traído el hielo, porque el que había, era de ayer.

XXX

¿En qué se parecen los pechos de las mujeres y los perros guardianes de casas?

En que los sueltan de noche.

XXX

¡Qué suerte la mía! Le declara un amigo a otro.

Ayer me levanté a las seis de la mañana; salí sin un centavo en los bolsillos, y en la esquina de casa me hallé cinco pesos.

Fuí a una fonda próxima y me desayuné como un príncipe.

Satisfecho y alegre, me dí a vagar por la ciudad. Como a las once del día, una mujer muy hermosa y bien vestida, me detuvo para decirme que yo le agradaba y que si no me era enojoso, la llevara a un sitio reservado, que ella lo pagaría todo.

La llevo a una *casa de citas* y ¡qué suerte!, cuando mi ninfa y yo subíamos por la escalera, bajaba por ella mi mujer con un joven y no me vió ella. ¡Qué suerte, compadre!

XXX

Los años son quilómetros en el tiempo.

XXX

La eternidad es lo infinito en el tiempo.

XXX

Desde mi balcón veo pasar a yentes y vinientes, y pienso que son mis primeros muñecos, los muñecos que hice cuando niño.

Sí, son mis primeros muñecos, que tomando cuerpo y vida, pasan a mi vista hablando sandeces y con ademanes y gestos ridículos.

XXX

A todo lo que uno dice o hace, siempre le ponen un *pero* o un *aunque*.

XXX

A mí nadie puede engañarme, gritaba uno, porque corto un pelo en el aire, veo crecer la yerba, conozco a los cojos sentados, y a los ciegos durmiendo.

XXX

Un campesino: Mi padre murió del pecho.

Otro campesino: Y el mío murió de todo el cuerpo.

XXX

Era tan desgraciado, que la miseria le

obligó a deberle a todo el mundo y a no pagarle a nadie. Sus alegrías duraban menos que un peso cambiado.

Era tan desgraciado, que cuando falleció se leía por un yerro de imprenta en la esquela mortuoria: Guillermo Diz ha fallecido. Sus deudas y amigos invitan a su sepelio, etc.

XXX

Eran tres jóvenes apuestos y regocijados, que con frecuencia andaban a picos pardos.

Podían ser sin gran esfuerzo tres libertinos.

Gozaban del amor y de las furtivas caricias de sendas novias lozanas y guapas. Queriendo vivir, como decían, vida limpia y honesta, decidieron casarse y que fuesen los tres matrimonios o connubios en una misma noche.

Convinieron en que las tres parejas pasarían esa noche de boda, en el más cómodo y lujoso hotel de la ciudad.

Se casaron y como eran personas de posibles, hubo en los matrimonios champán, cervceza, pudín y otros dulces a rodo.

¡Ah! y no faltaron ni el tumulto ni las groserías de la gente que siempre acude a una boda, o a una fiesta para sacer el vientre de mal año.

Terminadas las bodas, se fueron al hotel, como a las siete de la noche.

Se congratularon los unos a los otros con efusivos abrazos y apretones de manos.

Sentáronse a una mesa redonda y vion el sirviente con seis copas de burbujeante champán.

Se hicieron los brindis de cajón; se conversó demasiado sin que se dijera nada importante, como era natural, y dándose las buenas noches se despidieron.

Cada pareja fué a su habitación respectiva. Se hizo luz. ¡Qué nido de amor!

Allí ofrecía el lecho con irresistible atracción las suaves y blancas sábanas y las mullidas y nítidas almohadas.

Pasó media hora, y uno de los próximos

a ser marido salió de su habitación, en pijama, y fué a sentarse en uno de los sillones que cerca de allí había.

XXX

Cabizbajo y melancólico pensaba en su penosa situación, cuando le sacaron de su ensimismamiento las pisadas de uno de sus amigos, el cual, en pijama también, y cariacontecido, ocupó otro sillón y le preguntó a su amigo: ¿qué te pasa?

Compadre, algo muy grave. Mi mujer, no sé por qué motivo, abrió mi cartera y por un maldito olvido mío, vió la fotografía de una novia que tuve cerca de su casa.

Hecha una furia vino a mí; me calificó de canalla y me dió la imperiosa y urgente orden de que saliera. Salí y ella cerró entonces con estrépito la puerta.

¿Y tú? le preguntó a su vez el amigo expulsado de lo que hubiera sido un rinconcito del paraíso.

¡Ay! Lo mío es tan lamentable como lo tuyo.

Empiezo a regalarle caricias a mi mujer-

cita; la llevo al deseado lecho y le digo al oído equivocadamente el nombre de una deliciosa querida.

Ella, transformada en fiera, me repudió; me amenazó con las uñas y abriendo con rabia la puerta, me mandó salir.

A poco, ven asombrados acercarse al otro amigo, en pijama, como ellos.

Pero no viene triste sino rabioso; en desorden los cabellos y dilatados los ojos.

¿Qué te pasa, qué te pasa? inquieren ansiosos los dos amigos. ¿Tú también metiste la pata?

No, contesta furioso; no; pero pude haberla metido.

XXX

Si tu amigo es dulce, no te lo comas todo.

XXX

Si quieres ser justo, ponte en el lado contrario.

XXX

El director de una escuelita rudimental

sabe que el inspector de instrucción pública le hará una visita dentro de poco y desea recibirle con el acatamiento debido y al mismo tiempo mostrarle que él, humildísimo director, es persona culta.

El está informado de que el inspector tiene vehemente afición a la filosofía y quiere darle al importante funcionario una prueba de que a él, aunque vive en mísero y exiguo caserío, algo se le alcanza de tan intrincada ciencia.

Llega el inspector en su automóvil. El sencillo director, que está a la puerta de la escuelita, va a su encuentro. Se dan la mano.

El inspector, sonriendo, le pregunta: ¿cómo se halla usted?

El director, también sonriendo, le contesta: regularcito, como decía Platón.

XXX

Escenario: un cafetín.

Personajes: un sastre que goza de fama en el pueblo y se halla sentado a una mesa.

Dos individuos sentados a otra mesa algo distante de la del sastre.

Son las ocho de la noche y como es lunes, hay pocos parroquianos.

El sastre, ya borracho, se pone a monologar.

¡La mujer! ¿Y qué es la mujer? Una criatura desagradecida.

Todas las mujeres son cortadas por un mismo patrón y ninguna tiene un centímetro de lealtad.

¡Y qué buena tijera es una mujer! Las unas dicen pestes de las otras.

La mujer piensa como media gallina. La mujer fué inventada, como el vino, por el diablo, para perder a los hombres.

Calla un momento, y luego se levanta, tira la silla, rompe en el suelo un vaso y echa a volar un enjambre de palabras obscenas.

Uno de los que le miran y oyen, comenta con su amigo la conducta del sastre.

¡Lástima de hombre! Cuando está en sus cabales no hay quien le haga ventaja en

discreción y urbanidad; pero cuando se emborracha, ya ves cómo se porta.

Sí, afirma el otro, cuando no bebe, es un buen sastre; pero cuando bebe, es un desastre.

Uno de estos hombres de ínfima cultura que tanto ahora se usan; pero que lee diariamente la prensa, va en busca de un notario, amigo íntimo suyo, con el propósito de que le escriba una carta de pésame para un compadre, el cual acaba de perder a su cónyuge.

El notario va a la maquinilla y escribe: Estimado compadre: En esta hora tan aciaga para Ud. me úno de todo corazón a Ud. en su dolor.

El hombre lee la carta y le dice: compadre, en esta misiva falta nombrar *la parca inexorable, la guadaña de la muerte y la pérdida irreparable.*

Bastante amostazado el notario añade: y también hace falta *el destino inexorable.*

XXX

Cerca de aquí, le dice un individuo a otro,

hay una fonda nueva, donde halla uno limpieza, comida abundante, suculenta, sabrosa, y sirvientes urbanos y nada morosos.

XXX

Es tan barata la comida, que un bisté de filete con abundantes lechugas, cebollas, rábanos y papas, cuesta veinticinco centavos.

¡Mentira, mentira! Vocifera el otro.

Sí, convengo en ello, le confiesa el mentiroso; pero es bonito ¿verdad?

XXX

Después de una ausencia como de un año se hallan dos amigas y le pregunta la una a la otra: ¿cómo vivías allá, en New York?

Yo vivía, le responde la interpelada, al sabor de mi paladar.

Estaba de mecanografista en uno de los más ricos establecimientos comerciales. Mi sueldo era escaso; pero me daba deliciosa vida.

Una noche me invitaba un amigo a cenar; otra noche me llevaba otro al teatro; un día me regalaban en un lujoso hotel con varia-

dos y riquísimos manjares; otro día me iba al campo con otro amigo, en fin, no hablo más, porque no quiero cansarte.

Calla, y minutos después le pregunta a la curiosa amiga: y tú ¿cómo vives aquí?

Yo, contesta la otra, vivo igual que tú, coqueteando. . .

XXX

El doctor, uno de los más renombrados parteros de la ciudad, recibe la visita de cinco muchachas de medio pelo encintas.

Están sentadas en un escaño y el doctor las empieza a llamar una a una.

—Ud. ¿Cuándo espera?

—¿Yo? En septiembre.

—Ud. ¿Cuándo espera?

—¿Yo? En septiembre.

—Ud. ¿Cuándo espera?

—¿Yo? En septiembre.

COLECCION
"MARTINEZ BOOG"
SANTO DOMINGO - REPUBLICA DOMINICANA

—Ud. ¿Cuándo espera?

—¿Yo? En septiembre.

—Se aproxima la última y le pregunta el doctor:

¿Ud. también espera en septiembre?

—No, contesta ella, no, doctor, yo espero en octubre; yo estaba en otra jira.

XXX

El borracho a la mujer que pasa: ¡qué fea!

La mujer: y Ud. ¡qué borracho!

Sí, estoy borracho; pero esto se acaba mañana.

XXX

Un rostro sin arrugas es como un papel donde nada se ha escrito.

XXX

No va uno a donde quiere sino a donde a la vida se le antoja.

XXX

El borracho llega. Pone el pie derecho en la acera del palacio en cuya torre se ostenta el reloj público, el cual da la una de la madrugada.

Al borracho se le sale un cuesco al mismo tiempo, y exclama: ¡Oh, estoy con el público!

XXX

A los hombres, afirmó alguien, hay que medirlos de las cejas para arriba.

XXX

Una tertulia o un grupo de dominicanos es una *jigüera* de *jicacos*. No hay dos de un mismo color.

XXX

Lo mejor que hace la gente es morirse.

XXX

Asevera un ilustre humanista español: Voz del pueblo, voz de Dios; pero del dios Baco.

XXX

Era su día onomástico y al pasar por la

puerta del cafetín, le llamaron los amigos para brindarle un trago.

—Pepe, te brindo esta copa y te deseo salud y pesetas.

—Bien. Por ustedes y por los suyos.

Bebe en pie, pone la copa en la mesa y se despide.

—No te vayas cojo, bébete la otra.

—Bien, me la bebo y ahora me voy.

—No te vayas cojo, bébete un trago más.

—Bien, me lo bebo.

—No te vayas cojo.

—Pero, señores, ¿ustedes creen que soy un ciempiés?

XXX

Sé discreto y cauteloso con los amigos, porque de los amigos de hoy salen los enemigos de mañana.

XXX

Al estudiante de medicina le rechazan el primer curso.

El, queriendo ocultar su fracaso, pone el telegrama siguiente a su padre:

Presenté examen primer curso. Jurado pide con insistencia y júbilo repetición curso.

XXX

Un ladino y viejo amigo me aconsejó una vez que nunca enseñara mi dinero, porque si lo enseñaba, perdería el diez por ciento.

XXX

Conozco a muchas personas que sólo han tenido sesos cuando se los han servido en un plato.

XXX

¡Ojalá que los malos supieran lo bueno que es ser bueno!

XXX

Vive para ti solo, si pudieres,
que sólo para ti si mueres, murieres.
(Quevedo)

XXX

Solamente un dar me agrada,
que es el dar en no dar nada.
(Quevedo)

XXX

Mi padre, contaba un chusco, era bondadoso en extremo. Me decía que lo primero en la vida es el deber, y se murió debiéndole a todo el mundo.

XXX

Hermano —le suplica un mendigo a un individuo que está en una esquina— deme diez centavos, que Dios se los pagará.

El individuo le dice: me gusta el fiador, pero no tengo.

XXX

Va una hermosa muchacha delante de un joven que la florea de lo lindo. La muchacha se vuelve y le dice: Joven, mi corazón ya tiene dueño.

Está bien —le replica el joven— pero yo no pico tan alto.

XXX

Nada exacerba tanto a los envidiosos como la indiferencia de los envidiados.

XXX

Las cosas son como son y no como uno quiere.

XXX

Aquel día ocurrió muy desagradable suceso.

Un pobre viejo, acosado por el infortunio y por los años, decidió poner fin a la tragedia de su mísera vida.

Fuése a la orilla del mar y desde ella se arrojó en las amargas ondas en busca de la muerte.

Algunas personas vieron con doloroso asombro, que un enorme tiburón se engulló al viejo.

Acudieron al pueblo y relataron lo acontecido.

Se formaron corrillos.

¡Maldito animal! exclamaban unos; comerse a un infeliz que no tenía que comer.

Deberían, declaraban otros, envenenar todos los tiburones o destruírlos con dinamita.

Un curazoleño que oía con sosegada atención los comentarios, le dijo a un amigo

que le acompañaba: ¡Qué vida ésta! ¡Qué cosas! *El gente* pasa el año comiendo *piscá* y el *piscá* siempre calladito, calladito; pero un día un *piscá* se come *un gente*, y todo el mundo dice que el *piscá* es malo. ¡Qué injusta es *el gente!*

XXX

La carne de vaca ha subido y la de mujer ha bajado.

XXX

Anoche Jacinto estaba hablando muy mal de ti.

Es muy extraño, porque nunca ha recibido de mí un beneficio.

XXX

Venían hablando de religión y de repente le preguntó el uno al otro: ¿y qué es un cura?

El otro meditó un rato y dió la siguiente contestación: un cura es un individuo que disfrazado de viuda predica que se haga siempre el bien, aunque él nunca lo haga.

—¿Y un arzobispo?

—Un cura en tecnicolor.

XXX

Escenario: un salón espléndido admirablemente iluminado.

Personajes: como veinte parejas de preciosas y odorantes mujeres y apuestos caballeros.

Entre tan lucidas parejas se ve una compuesta de una dama tan recatada como hermosa y de un hombre como de treinta años bien traído y de rostro agradable.

Bailan un raudo vals.

El, que es enamoradizo y mujeriego, le susurra al oído: déme un beso.

Ella se detiene al punto y mirándole de hito en hito le increpa: ¡Canalla! ¡Osado! ¡Villano! ¡A usted si que le habrán dado no pocas bofetadas!

El, sin perder la serenidad le dice sonriendo a la entigrecida y bella dama: sí, he

recibido bastantes bofetadas; pero también he gozado mucho.

XXX

Te advierto que si tú, por malos de tus pecados, continúas comparando a Santiago con la capital, caerás en la nota de necio.

(El cibaeño ni chista).

Bien está que ames entrañablemente a tu pueblo, en ello reconozco tu nobleza de ánimo; pero amor no quita conocimiento.

Para convencerte del error en que te hallas basta hacerte esta pregunta: ¿cuándo tú has visto un marino *yanqui borracho* en una calle de Santiago?

XXX

Se personó en casa de Joaquín un amigo y le invitó a comprar entre los dos un billete de la lotería.

Sacaremos el gordo, estoy cierto de ello, le aseguró el amigo.

Como hace tiempo, le manifestó Joaquín, que tengo mala pata, no juego a la lotería; pero ahora jugaré por complacerte.

Y Joaquín le dió al amigo el valor de la mitad de un billete.

Despidióse el amigo. Era lunes. Pasaron los días, y al domingo siguiente se presentó, alegre y bullicioso el amigo, con un billete en la diestra.

Se cumplió mi vaticinio. Mira, sacamos el gordo.

Joaquín, lleno de asombro, le preguntó al amigo: ¿Esto es verdad? ¿Acaso están contigo en connivencia los que tiran la lotería?

No, ciertamente, contestó el amigo. Lo que ocurrió fué que una noche tuve un raro sueño.

Dos números sietes como de un metro de alto se movían el uno detrás del otro alrededor de mi cama.

La noche siguiente sucedió lo mismo.

Entonces asocié los sietes con la lotería, multipliqué siete por siete, cincuenta y ocho, y compré el billete de ese número.

Joaquín rompió a reír; le puso la diestra en un hombro a su amigo, y luego dijo: ¡Qué suerte! ¡Qué suerte! Si hubieras tú sabido multiplicar, hubiéramos fracasado.

XXX

Un viajero llegó en un automóvil empolvado a un pueblecito en que dió Cristo las tres voces, y detuvo el vehículo a la puerta de la única fonda que allí había.

Echó pie a tierra, traspuso el umbral de una puerta y sentóse a una mesa cuyo mantel de cuadritos rojos y azules no estaba tan limpio como lo quisiera la higiene.

Palmoteó, y desde lo último del patio acudió el dueño, que era como aquel ventero del Quijote, hombre gordo y por tanto pacífico.

—¿Qué desea el caballero?

—Un par de huevos fritos con papas y una taza de leche.

—¡Diploma!, —clamó el fondista.

Una vocecita infantil sonó en el patio: ¡ya voy!

Y una chiquilla como de siete años, pálida y de triste mirar se acercó al fondista.

—¿Qué quieres, abuelito?

—Trae un vaso de agua, una servilleta y un cubierto.

Se alejó la niña y poco después volvió con lo indicado.

Se iba ya, cuando el abuelito le dijo: Diploma, recomiéndale a la cocinera que mande a la mayor brevedad dos huevos fritos con papas y una taza de leche.

La niña fué a cumplir su cometido.

A poco llama el fondista: ¡Diploma!, compra en la pulpería una libra de azúcar.

El viajero, movido por la curiosidad, le preguntó: ¿por qué la niña se llama Diploma?

Fácil es decírselo, señor.

La madre de esta chica quiso ir a la capital para estudiar farmacia. Tenía diez y ocho años y no era mal parecida.

Se enredó en unos amores con un mozo que según ha llegado a mi noticia era un libertino, y sucedió lo natural y lógico, la jovencita incauta se rindió al infame novio.

Al año de haberse ido de aquí se me presentó con una hijita; se hincó de rodillas a mis pies llorando y tuve que perdonarla.

Ese era el diploma.

El viajero ve de hito en hito al fondista y ríe de tan peregrina ocurrencia.

XXX

El neurasténico.— Don José, la neurastenia es terrible. ¡Qué noches! Insomnio, angustias, terror, taquicardias. Es verdad lo que uno dijo, que la neurastenia no mata; pero tampoco deja vivir tranquilo a uno.

Don José.— Cierto de toda certeza cuanto expresas. A mí, que tengo prolija experiencia, no me causa extrañeza alguna lo que te oigo. Yo, que soy neurasténico hace veinte años, lo he sentido todo, todo, hasta dolores de parto, hijo, hasta dolores de parto.

XXX

Sócrates aseguró: Vivir es haber estado enfermo mucho tiempo.

Otro sabio afirmó: Vivir es ir muriéndose.

Y yo digo: Vivir es pasear el esqueleto hasta la tumba.

XXX

Lector, va de cuento. Erase uno de estos jóvenes a quienes el cielo plugo darles si no bienes de fortuna, bienes de naturaleza.

Nació en las malvas; pero en recambio poseía buen talle, gentiles maneras, armoniosa voz y hermoso semblante.

Se prendó de este mozo una muchacha, no bonita ni fea; escasa de estatura como de inteligencia, hija de un burgués millonario, vale decir, de una bestia humana a la cual las riquezas suelen comunicar soberbia, vulgaridad y engreimiento.

La muchacha, deseosa de atrapar en las redes del matrimonio a su adorado novio, le instó con reiterados y sumisos ruegos para que fuese a su padre y le pidiera la blanca y breve mano de ella.

No, le argüía el mozo; no haré tu voluntad, porque bien sabes que soy un empleadillo pú-

blico de sólo cien pesos de sueldo, ¿y qué pensará tu padre cuando conozca mi designio de casarme contigo?

Ella insistía mimosa y lagotera: tienes que ir a papá y pedirle mi mano.

Mañana, vida mía, ves al viejo, que no es tan truculento como lo pinta la gente.

Hablaré con él esta noche.

Por complacerte, le haré mañana la visita.

Y así fué; nuestro joven algún tanto medroso se anunció con un criado al insolente millonario.

Cuando el criado le llevó al salón de recibo, el joven saludó entre cohibido y temeroso al millonario, quien, sin ponerse en pie, le indicó tomase asiento.

En el salón de dorado techo se ostentaban ricas alfombras, costosos tapices, magníficos espejos, cuadros de famosos pintores, cómodos y mullidos sillones, lujosas estatuitas de bruñido marfil y ceniceros de plata.

El millonario, que era de ampuloso cuer-

po, lucía una bata de seda con dragones de oro y unas rojas babuchas.

Entre los dientes sostenía una gran pipa.

A poca altura flotaban ingrávidas nubecillas de humo que esparcían fuerte olor de tabaco en el ambiente.

El mozo depositó su sombrero en una mesita cercana a su asiento.

¿Qué desea?, interrogó el millonario.

Yo, contestó titubeando el joven, he venido, porque soy el novio de su hija y ella desea vivamente que yo solicite su mano.

Ya estaba yo informado. Muy bien, aplaudo la aspiración de ustedes; pero ¿qué le ofrece Ud. a mi hija?

Yo, señor, únicamente gano cien pesos y considero demasiado ridículo dar este paso.

¿Cien pesos?, rugió el millonario.

Mi hija gasta más de cien pesos al mes en papel de inodoro, sí, señor, más de cien pe-

El mozo, exasperado y maldiciendo entre sí el instante en que vino, se levantó violentamente; tomó el sombrero y se alejó de aquella bestia para la cual la pobreza y el amor tan sólo merecían burla y menosprecio.

A la puerta del jardín la novia, que ansiosa esperaba, le preguntó: ¿qué te dijo papá? ¿Qué te dijo?

El, sin poder contenerse, le lanzó a la cara esta frase cruel, hija de su indignación: ¡Vaya inodora!

Y se alejó para siempre pensando en muchas cosas tristes y amargas de la vida.

XXX

El que más palabras conoce, sabe más que los otros, porque tiene mayor tesoro de ideas.

XXX

Yo, aseveraba un honorable viejo, no le he causado jamás daño ni mal a nadie, y por ello nunca he tenido a media noche diálogos con mi almohada.

XXX

Un cibaeño de Santiago venía para la capital con el propósito de visitar la feria.

Dos amigos le recomendaron no dejase de comer un *perro caliente*.

Llegó el cibaeño a la capital y acudió ansioso a la feria.

Empezó a ver con asombro algunas de las maravillas que en ese lugar se contienen y que patentizan la grandeza de este pueblo, que de menesteroso y enfermo que era, se ha trocado en próspero y sano.

Cansado y hambriento el cibaeño, se fué a una cantina y pidió un *perro caliente*.

No cesaba de observar al mozo que le preparaba el *perro caliente*.

Cuando vió que el mozo dividía un pan y que le iba a poner el embutido, no pudiendo contenerse, le preguntó tímidamente: ¿y *poi* qué no me da de otra *paíte*?

XXX

El borracho llegó a la puerta de un salón en que había dos barras, la una a la derecha y la otra a la izquierda.

Estaban ocupados todos los taburetes.

El borracho gritó: los que se hallan sentados en los taburetes de la derecha, son unos afeminados y los que se hallan sentados en los taburetes de la izquierda, son unos canallas.

Uno de los de la barra de la derecha se apeó del taburete y algún tanto enojado, le replicó al borracho: tenga cuidado con lo que dice, y sepa que yo jamás seré afeminado.

¿Usted no es afeminado? Preguntó el borracho.

No, contestó el ofendido.

—Entonces usted debe pasar a la barra de la izquierda.

XXX

Era una litis en que el derecho en ambas partes se mostraba indistinto.

El viejo magistrado que actuaba tenía fama de juez irascible y de poseer una integridad moral a prueba de ocasiones.

Un abogado mandó buscar a uno de sus clientes y le expresó la necesidad de hacerle un presente al juez incorruptible.

Pero, doctor, le advirtió el cliente, ¿usted ha perdido el seso? Atrevernos a ello sería echar a rodar cuanto usted ha hecho.

¡Calla y oye! Vas; compras un regalo valioso y se lo envías al juez en nombre de nuestros contrarios, ¿entiendes?

XXX

El creyente: ¿Verdad, Dios, que para ti un millón de pesos es igual que un centavo?

Dios: Sí.

El creyente: ¿Verdad que para ti un siglo es igual que un minuto?

Dios: Sí.

El creyente: Dame un centavo.

Dios: Espera un minuto.

XXX

La hermosa mujer de treinta años y que

se llamaba Catalina, fué a un médico, íntimo amigo suyo, para que la ayudase a salir de la penosa situación en que se hallaba.

El doctor: ¡Catalina! ¡Cuánto placer en verte! Por ti no pasan días. Buen palmito, seductora sonrisa y gentil presencia.

Ella: Gracias por tus inocentes piropos.

—¿Y qué te trae por aquí?

—Algo importante.

—Siéntate y dime.

—Tengo vergüenza.

—¿Conmigo? ¡Imposible!

Catalina, entre pudorosa y sonriente, habla quedo:

Mi querido amigo, ya son treinta años, me siento aún joven y fuerte, codiciosa de los placeres y alegrías del mundo. (Pausa) Quiero vivir intensamente; pero algo se opone a ello. Mi fecundidad. Son seis hijos y si continúo, me convertiré en mujer marchita y fracasada. Te suplico me des un preventivo... ¿sabes?...

Sí, sé, —contesta el doctor—. Para evitarlo, ¿entiendes?, te prescribo comer una manzana.

Catalina interroga con asombro: ¿una manzana?, y piensa al punto: ¡qué remedio tan delicioso y fragante!

Se levanta del asiento, estrecha la diestra al galeno y se encamina a la puerta del consultorio.

Desde ella vuelve la cara y sonreída pregunta: doctor ¿*antes de o después de*?

La mira el doctor y le contesta: *ni antes ni después sino en lugar de.*

XXX

Poderosas fuerzas revolucionarias pusieron cerco a un pueblo que no quiso rendirse.

Como a los diez días de asedio pacífico, pues no había hostilidades, corrió en el pueblo la propaganda de que los sitiadores tomarían la plaza, la saquearían y violarían a todas las mujeres.

Había dos casas de dos pisos fronteras la una de la otra, y en el segundo piso de cada una de ellas vivían jamonas a quienes los prejuicios sociales habían prohibido gustar aún furtivamente de los codiciados placeres amorosos.

Los revolucionarios entrarán a las tres de la tarde y ¡ay! de nosotras, clamaba una vieja.

Las jamonas pusieron esa tarde más cuidado que de ordinario en su aseo y aderezo.

Dieron las dos y media; las jamonas, impacientes, veían a la calle por entre las persianas.

Sonaron las tres, y nada. Se oyeron las cuatro, y nada.

Una jamona, entreabriendo una ventana, vió que otra jamona en la casa frontera hacía lo mismo.

No pudiendo contener su ansiedad, se preguntaron mutuamente a un mismo tiempo ¿y cuándo violan?

ABALORIOS

Un individuo llega a una barbería y le pregunta a un barbero: ¿cuántos turnos antes del mío?

Seis —contesta el barbero.

Al otro día: ¿cuántos turnos?

—Siete.

Al otro día: ¿cuántos turnos?

—Siete.

El barbero le dice a un muchacho: sigue a ese hombre y cuéntame lo que hace.

El muchacho sigue al hombre y una hora después vuelve a la barbería.

¿Qué hizo el hombre?, le pregunta el barbero.

El muchacho le dice: el hombre llegó a un restaurante; pidió una leche batida con dos huevos, se la bebió y salió, y se metió en su casa.

¿En cuál casa?, pregunta el barbero. ¿En la suya?

No, contesta el muchacho, en la de usted.

XXX

El padre Cirilo, que era forjado en la misma turquesa del Arcipreste de Hita, recibió la confesión de una hermosa doncella.

Padre, me acuso de besar mucho a mi novio, que no me besa menos. Me besa el cabello, me besa la frente, los ojos, los labios, la garganta. . .

Al padre Cirilo se le hacía la boca agua.

Mi madre y yo, padre, vivimos solitas en una casa grande.

Ayer en la mañana mi novio, que estaba en la esquina, vió que salía mi madre.

Cuando ella dobló por la otra esquina, él se metió en casa y me llevó a mi alcoba.

En eso llamaron a la puerta, y mi novio se fué corriendo por el patio.

¿Y quién llamó, hija? inquirió con viva curiosidad el padre Cirilo.

—¿Quién?, mi madre.

—Tu madre?

—Sí.

El cura murmuró: ¡maldita vieja!

XXX

No hay nadie tan desleal como el aguardiente, afirmaba Lilís.

Usted se emborracha con él, come con él, juega con él, se enamora con él, etc. etc.

Mata Ud. a uno, le llevan a Ud. a la cárcel y el aguardiente se va y le deja solo.

XXX

Viene por la acera una garrida y salerosa muchacha, de éstas que llaman de *primo cartello*, y exclama con vehemencia un joven: ¡Dios mío, guárdala y dame la llave!

XXX

Quisiera verte y no verte,
quisiera hablarte y no hablarte,

quisiera encontrarte sola
y no quisiera encontrarte.

(Anónimo)

XXX

Afirmaba enfáticamente Perogrullo: las cosas se hallan demasiado bien hechas de tejas abajo.

Si faltase un grano de arena sobre la tierra, sería para el orden universal, como si faltase una estrella.

No se mueve una hoja en el árbol sin la voluntad del Señor.

A cada uno le falta algo para estar completo, y por ello buscar en esta vida la felicidad es como correr tras el viento.

Hasta para estar uno arrancado, ha de tener dinero.

Hasta para ser uno desgraciado necesita tener suerte.

XXX

Un estudiante se examina de Lógica.

El presidente del Jurado le pregunta:

¿La Lógica es ciencia o es arte?

El estudiante contesta: ni es ciencia ni es arte, son nociones.

XXX

Es la una de la madrugada y dos borrachos, tambaleándose y del brazo, vienen por en medio de la calle.

Resuelven subir a una acera y a duras penas lo hacen.

Uno de ellos cae de largo a largo sobre la acera, y el otro logra mantenerse en pie apoyándose con ambas manos en la pared.

Ve al compañero y rompe a reír.

Un si es no es enojado, el caído le dice: ríete cuanto quieras, ríete, que ya me tocará reír a mí, cuando se te acabe la pared en la esquina.

XXX

—Esa dama con quien andabas ayer en la tarde, ¿quién es?

Una divorciada amiga mía.

—Mi enhorabuena, chico, porque ya tienes la puerta abierta y te costará poco trabajo ganarte su cariño.

XXX

Un individuo que es abstenio le censura a un su amigo la fea costumbre de vivir bebiendo.

Tú no inviertes gran parte del tiempo en hacer algo útil sino en darte *palos* y *palos*, y ello, como bien lo sabes, merece vituperio.

Es verdad, afirma el bebedor; pero tú, que eres versado en todas las ciencias, no ignoras que el hombre, según Darwin, desciende del mono y tiene por fuerza que vivir *de palo en palo*.

XXX

Miguel se hallaba en una esquina de esta ciudad.

Llegóse a él un amigo y después del urbano saludo, el amigo le preguntó a Miguel: ¿Por qué te veo pensativo además como quien se devana los sesos en busca de remedio para un mal que le molesta?

Miguel miró al interrogante y suspirando le contestó: hace tiempo que procuro librarme de la miseria y todo en vano.

Jamás me veré horro de pesares y forzosas dietas; jamás podré nadar en la abundancia ni vivir a mis anchas.

Me parece, opinó el amigo, que tu mal tiene cura.

Acuérdate, para que desde ahora y de por vida se te disipe el pesimismo, que todo tiene remedio, menos la muerte.

Cuando me acosté anoche y me dí a pensar antes que se adueñara de mí el sueño, tuve una feliz ocurrencia.

Pensaba yo, y decía entre mí: si a cada dominicano se le compra en lo que vale y se le vende por lo que él cree que vale, se hace uno millonario en poco tiempo.

¿Por qué no haces tal negocio, ya que para ello te sobran habilidad y talento?

Calló el amigo, y Miguel entre serio y sonriente manifestó: es verdad; no puede ser más fácil y lucrativo el negocio; pero ¿podría

venderlos aquí, podría engañar a sus compatriotas?

¡Imposible, Miguel, imposible!

Sería preciso que preparases tus cargamentos y fueses a venderlos a cualquiera otra parte, donde no hubiese un solo ejemplar de dominicano.

Dicho esto, los amigos se despidieron satisfechos de haber obtenido un medio por el cual pudiera uno en corto plazo, verse libre de la miseria.

XXX

Era tan fea, que ningún hombre quería tropezar con ella.

XXX

Pedrito era mozo alegre por extremo y gustaba más de lo justo y discreto, de empinar el codo, lo cual le hacía incurrir en lamentables faltas.

Pedrito llegaba a su tabuco poco más o menos a las doce de la noche y clamaba estentóreamente: muerte, ven, que ya quiero irme para siempre de la vida; ya no hay cosa

que yo no haya hecho. ¡Ven, muerte!

Con este monólogo turbaba el sueño de los vecinos, los cuales deseaban en ese momento, el que se cumpliese el deseo de tan inoportuno borracho.

Un vecino, por fin, resolvió acabar con esta mala costumbre.

Una noche en que llegó y comenzó a gritar: ¡Ven, muerte! ¡Ven! El vecino salió de su habitación, se acercó a la puerta de Pedrito y llamó reciamente.

¿Quién llama? —preguntó Pedrito.
—Yo, le contestaron con voz gangosa.
—Y ¿quién es usted?

—La muerte.

—¿Qué quiere?

—¿Aquí está Pedrito?

—No, se mudó ayer.

Y a este diálogo sucedió profundo silencio.

Era tan vengativo aquel hombre de alma atravesada, que sonriente solía decir: el que me la hace me la paga, aunque sea el día del juicio final, anocheciendo.

XXX

El desvalido viejo, retablo de dolores, me cuenta la tragedia de su vida.

Yo, para consolación suya, le digo: no se apure, viejo, anímese, que Dios aprieta; pero no ahoga.

Sí, es cierto, hijo, no ahoga; pero ¡qué apretones!

XXX

Varios jóvenes hablaban animadamente acerca de una breve temporada que pasarían en el campo.

Como era natural, se las prometían felices.

Un viejo que los oía y que era previsor hasta donde lo aconseja la experiencia, les preguntó: ¿Y ustedes van a divertirse al campo?

Sí, señor, contestó uno de ellos.

Si van al campo, advirtió el viejo, no dejen de llevar frutas.

XXX

Cuando Colón desembarcó en Guanahaní vió una indiecita que pasaba y con inusitado júbilo exclamó: ¡Santa María, qué pinta tiene la niña!

XXX

Campoamor tiene razón de sobra cuando dice: Pasamos la mitad de la vida aprendiendo y la otra mitad olvidando.

XXX

No echen ustedes en olvido que la palabra *novedades* equivale casi siempre a *no verdades.*

XXX

Uno de estos bebedores impenitentes solía afirmar que mentían de lo lindo los abstenios cuando le achacaban al alcoholismo más muertes que a las enfermedades.

El alcohol es benéfico para la salud; sin él se enervan el cuerpo y el espíritu, languide-

ce la mente y se debilita la voluntad.

Decía esto con la misma certidumbre que si expresara una verdad evidente.

Y luego añadía: el alcohol es infalible específico para combatir ciertas dolencias o achaques.

El whiskey se usa para aminorar la hipertensión, pues harto sabido es que dilata los vasos.

La ginebra se emplea, mezclándola con *agua de coco*, bien como diurético, ya contra la hematuria.

Al catarro con el jarro, dice un viejo proverbio.

Hay vinos cordiales y vinos generosos.

El alcohol se halla en todas las frutas.

El agua peca de antihigiénica y con frecuencia es nociva, ya que sirve de vehículo a terribles microbios.

Las vísceras y los fetos que se quieren

conservar sin riesgo de putrefacción, se echan en un recipiente lleno de alcohol.

Después de breve pausa, empinaba el codo y proseguía diciendo a los compañeros de libaciones:

Mienten como niños los abstenios cuando declaran que el alcohol destruye más vidas que las enfermedades.

Hay una razón demasiado maciza contra esto, y es la siguiente: no existe cementerio donde no haya más personas muertas por haber bebido agua que por haber bebido *aguardiente.*

XXX

Una noche víspera de año nuevo y en un pueblo de los menos importantes había un escaso presidio al mando de un teniente.

Sonaron las doce de la noche en el viejo reloj del pueblo, y el teniente, que se hallaba calamocano y alegre en compañía de hermosas

mujeres y joviales amigos, echó menos el cañonazo y no dejó de manifestar su displicencia.

¿Y qué le ha sucedido al sargento?

¿Por qué no ha sonado el cañonazo?

Mandó buscar con urgencia al sargento.

Llegó éste; se cuadró ante el teniente y le preguntó: ¿En qué puedo servirle, mi teniente?

Le ordeno, sargento, que me explique por qué no ha sonado esta noche el tradicional cañonazo.

El sargento, sin la menor vacilación, le contestó: Mi teniente, no hubo cañonazo por varias razones. La primera, por carecerse de pólvora; la segunda. . .

Ya, le interrumpió el teniente, no siga. sargento, no siga.

XXX

Erase (y no *este era*) un individuo que por estar tan ronco, hablaba con la voz de un pato.

Decidió hacerle una visita a un médico y en llegando al consultorio, llamó a la puerta y vino la señora del galeno.

El individuo le preguntó a la señora: ¿está el doctor?

Y ella, con voz queda, le contestó: el doctor no está, éntre. . .

XXX

Un manco de los dos brazos, ayudado por un amigo subió a una guagua y sentóse.

A poco partió la *guagua;* a uno de los pasajeros se le escapó una pluma y escandalizó a tal punto el olfato de los otros, que con presteza echaron mano de los pañuelos y se taparon las narices.

El pobre manco, sintiendo aquel hedor insoportable, puso en alto los muñones y gritó: Señores, ¿y me lo van a dejar a mí solo? ¡Qué abuso! pero ¡qué abuso!

XXX

Un loco en las afueras de un pueblo, un loco de aspecto nada tranquilizador y con una piedra en la mano derecha. Uno que por allí

pasa, recela del orate y cree razonable apartarse a bastante distancia.

Así lo hace; pero el demente con los ojos muy abiertos y riendo, va al temeroso, el cual emprende precipitada fuga.

El orate corre tras él y después de más de un cuarto de hora, el perseguido, jadeante y cansado, se da por muerto.

Se deja caer al suelo. Entonces el demente se le acerca, se inclina sobre él y poniéndole la piedra en el hombro derecho, exclama triunfante: ¡Ao! ¡Ao!

XXX

El borracho llega tambaleándose a la puerta de su casa; introduce la mano derecha en un bolsillo de su americana y saca una cosa con la cual vanamente procura abrir la puerta.

El sereno se queda mirándole.

El borracho insiste inútilmente en abrir la puerta.

El sereno se le acerca y le dice: déme la llave.

El borracho con asombro del sereno, en vez de una llave le entrega un tabaco.

El sereno le dice: usted lo que me entrega es un tabaco.

El borracho, confuso, mira al sereno y comenta: cosas del diablo, ¿dónde me habré fumado la llave?

XXX

El muchacho llega a la carnicería y el carnicero le pregunta: ¿qué quieres?

El muchacho le dice: papá desea que si usted tiene sesos, le mande una libra.

El carnicero le mira de hito en hito y exclama: ¡qué voy a tener sesos! y añade: ¿Tú crees que si yo hubiera tenido sesos, le hubiera fiado a tu padre la carne de un año?

XXX

La regla de oro de la moral cristiana reza: no hagas a otro lo que no quieras que a ti te hagan.

Más humano hubiera sido: hazle a otro lo que no quieras que a ti te hagan.

En un grupo decía un individuo: soy hombre honrado y gozo cuando pago.

Y otro agregó con sorna: ¡Compadre, usted sí se ha dado poco gusto en esta vida!

XXX

Solicitar de aquel avaro un favor era como pedir cotufas en el golfo o un helado en el infierno.

XXX

Sólo hay en este mundo tan viejo, dos clases de hombres, los que han engañado a uno y los que piensan engañarle.

XXX

Yo, aseveraba uno, sólo fumo cuando bebo.

Y otro le dijo: usted sí fuma.

XXX

Conozco a un hombre que ha luchado veinte años por volverse loco y no ha podido lograrlo.

Si por gratitud he de convertirme en esclavo, prefiero ser ingrato.

XXX

Pasó una de esas mujeres que dan el opio y uno exclamó con vehemencia: ¡Santa por delante y bárbara por detrás!

XXX

Un bebedor mira a otro bebedor y le dice: ¡qué boquita que ha dicho santé y apúntame eso!

XXX

Un viejo, a punto de muerte, quiso que sus hijos, los cuales no eran pocos, viniesen a rodear su lecho.

Vinieron los hijos, y el viejo, incorporándose en el lecho, con ayuda de uno de ellos, les confesó: hijos míos, ya estoy para rendir el alma y como no tengo bienes que dejarles, deseo utilizar un consejo que será muy provechoso para ustedes.

Reina gran silencio. Se puede escuchar el vuelo de una mosca. La curiosidad se despierta en todo slos allí presentes.

Hijos míos, ustedes saben que yo, sin saber nada ni tener oficio, he logrado vivir con holgura. ¿Y por qué?

Hubo aquí un sabio, un hombre de los más elevados pensamientos.

De él afirman que enseñó a pensar a los hombres de América. Se llamaba Hostos.

Era gran hombre ¡el pobre! Escribió entre otras obras una intitulada Moral Social.

Un amigo mío, un soñador, me lo leyó una vez.

Era un librito y en él se leían muchas grandes verdades. Se determinaban las relaciones del hombre con la sociedad y los deberes que nacían de ellas. Mi amigo siempre vivió mal y yo no conseguí riquezas; pero viví mejor que él.

Yo, a pesar de mi ignorancia, he conseguido criarlos bien a ustedes.

¿Y por qué? ¿Saben ustedes lo que hice?

Pues muy sencillo, viví practicando lo

contrario de lo que Hostos predicaba.

Busquen el librito y hagan todo lo contrario.

Calló el viejo, reclinó la cabeza vacía sobre la almohada y se partió para la eternidad con una sonrisa beatífica, por el bien que les había hecho a sus hijos.

XXX

Señores, vociferaba una vieja, tráiganme algo, aunque sea una mala noticia.

XXX

No cometas, Salomé
ortográficos excesos.
¿Por qué si me pides besos
escribes besos con *p*?

(Anónimo)

XXX

Era más fea que una turista y pedía más que la miseria.

Pasa un hombre muy alto y le grita burlonamente un muchacho: ¡te acabaré de ver mañana!

XXX

Un truculento acreedor le manifestaba exasperado al hermano de uno que le debía cien pesos: Entre nosotros hay un dilema terrible y es que me paga, o se va de aquí, o me mata, o lo mato. ¡Vaya con el dilema!

XXX

A su padre, tendero sirio, le pregunta el muchacho: ¿Cómo se escribe *libertad*, con *v* corta o con *b* larga?

El padre le contesta: con *b* de *buerco*.

XXX

Viene una linda chica luciendo un rico *suéter* blanco y sobre el pecho izquierdo, en letras negras se lee el nombre *Mary*.

Un borracho al verla pasar le pregunta: ¿y cómo se llama la otra?

XXX

Creo que fué Voltaire quien dijo: el pri-

mero en comparar a la mujer con una flor, fué un poeta, y el que lo repitió, un tonto.

XXX

El borracho llega a la barra y pide un vaso de cerveza.

El mozo se lo trae, y a poco dice el borracho: Mozo, tráigame otro vaso de cerveza.

—¿Y por qué?

—Porque a la cerveza le ha caído una mosca, y a mí no me gusta la cerveza moscatel.

XXX

Un amigo le dice a otro amigo: retírate allá, porque tienes una sobaquina que aturde.

¡Imposible! Yo me baño todos los días.

Pues chico, le replica el amigo, deja de bañarte todos los días.

XXX

Un borracho viene con un pie en la orilla de la acera y con el otro en la cuneta, camina oscilando.

El policía de tránsito le ve y advierte la

borrachera; se le acerca; le toma por un brazo; le dice: usted se halla borracho, y le sube a la acera.

¿Borracho yo? Pregunta.

Sí, borracho; le contesta el policía.

El borracho exclama: ¡qué suerte! ¡Yo creía que estaba cojo!

COLECCION
"MARTINEZ BOOG"
SANTO DOMINGO. - REP. DOMINICANA

COLECCION
"MARTINEZ BOOG"
SANTO DOMINGO, - REP. DOMINICANA

NOTAS GRAMATICALES

COLECCION
"MARTINEZ BOOG"
SANTO DOMINGO, - REP. DOMINICANA

NOTAS GRAMATICALES

Leo en una crónica de guerra: Por todas partes vemos soldados que aguardan la hora de ponerse en marcha.

En este parrafito hay un galicismo harto socorrido tanto por personas cultas como por personas ineruditas; ese galicismo se contiene en la locución *por todas partes.*

Como se dice en buen romance es *en todas partes.*

XXX

El complemento *por completo* jamás fué usado por los clásicos. En su lugar debe decirse *por entero, enteramente, del todo, de todo en todo, totalmente, cabalmente,* etc. Si *completo* significa *perfecto, cabal, por completo* equivale a *por perfecto,* lo cual es absurdo.

Frase incorrecta: Estoy por completo a tus órdenes.

Frase correcta: Estoy enteramente a tus órdenes.

Frase incorrecta: El palacio quedó por completo destruído.

Frase correcta: El palacio quedó totalmente destruído.

XXX

Por de contado, arguye un crítico, que esa novela, a pesar de hallarse escrita con bastante corrección y contener preciosas observaciones, no merecerá los elogios a que su autor aspira.

El crítico usó en este párrafo un galicismo demasiadamente censurable, la locución *por de contado* en lugar de *seguramente* o *a buen seguro*.

XXX

Traslado de un cuento: Por de pronto supongamos que la noticia es falsa.

La locución *por de pronto* en vez de *entre tanto* es galicismo.

Lo correcto era, pues, decir: Entre tanto o mientras tanto supongamos que la noticia es falsa.

Tampoco debe decirse *por el pronto* ni *por lo pronto.*

XXX

Es muy corriente leer u oír que *por efecto* de las lluvias están intransitables los caminos o que por efecto de una enfermedad una persona está en cama o ha fallecido.

En este caso se incurre en bravo despropósito al confundirse la causa con el efecto.

Lo racional es decir que a causa de las lluvias o por causa de las lluvias están intransitables los caminos.

Lo racional es decir que a causa de una enfermedad o por una enfermedad una persona está en cama o ha fallecido.

XXX

Por ende ya es locución anticuada que sólo usan de tarde en tarde algunos magüeristas. Dígase *por tanto.*

Muchas personas hacen gala de la expresión *por eso es por lo que*, para que se note que ellas no emplean el *que* galicado. Sí, ciertamente. no galican, pero caen al hablar así, en la nota de pedantería.

¿No es, por ventura, más fácil y discreto que en vez de uno decir *por eso es por lo que*, diga sencillamente *por eso?*

Frase pedantesca: Por eso fué por lo que vine a verte.

Frase discreta; Por eso vine a verte.

XXX

Por lo demás, declara un historiador, aquel caudillo era digno de alabanzas.

La locución *por lo demás* en vez de *con todo eso, no obstante eso, en lo demás*, galicismo es, galicismo vituperable.

Lo correcto, por tanto, era haberse dicho: Con todo eso o en lo demás, aquel caudillo era digno de alabanzas.

Frase incorrecta: Por lo demás, el poema es merecedor de elogios.

Frase correcta: En lo demás o no obstante eso, el poema es merecedor de elogios.

XXX

Por lo mismo significa por la misma causa.

Ej. Algunos por su rebeldía fueron encarcelados y otros, por lo mismo, emprendieron el camino del exilio.

Lo que se declara es que algunos por su rebeldía fueron presos, y que otros, por la misma causa, fueron al exilio.

Por lo mismo seguido de *que* se usa hoy en día en lugar de *porque*, lo cual es incorrecto.

Frase incorrecta: Por lo mismo que tú lo dices, lo dudo.

Frase correcta: Porque tú lo dices, lo dudo.

En vez de *por lo tanto* los clásicos dijeron siempre *por tanto*.

XXX

La locución *por parte de* significa *tocante a, en cuanto a*.

La locución *de parte de* significa *en nombre de.*

XXX

Porvenir se aplica a lo que está por venir. Los clásicos escribían *porvenir,* junto, o *por venir,* separado.

Porvenir nunca fué sustantivo entre los clásicos. El usarlo en el día de hoy como tal es barbarismo. Lo correcto es *lo porvenir.*

Cuando se dice *el porvenir* se incurre en galicismo.

Frase incorrecta: Nadie conoce el porvenir.

Frase correcta: Nadie conoce lo por venir.

Frase incorrecta: No quiero pensar en el porvenir.

Frase correcta: No quiero pensar en lo porvenir.

Constituye también galicismo *porvenir*

cuando significa felicidad, bienestar, dicha, suerte.

Son, pues, incorrectas las siguientes frases:

Trabajaba por el porvenir de sus hijos.

Corríjase: Trabajaba por el bienestar o la dicha de sus hijos.

¡Qué triste porvenir le aguarda!

Corríjase: ¡Qué triste suerte le aguarda!

Te espera un porvenir dichoso.

Corríjase: Te espera mañana la dicha.

El es un joven de porvenir.

Corríjase: El es un joven que alcanzará fama, o que se hará célebre, o que se hará rico etc.

La palabra porvenir no expresa posteridad ni edad venidera.

Frase incorrecta: Te admirará el porvenir.

Frase correcta: Te admirará la posteridad.

Frase incorrecta: El porvenir te hará justicia.

Frase correcta: La posteridad te hará justicia.

XXX

El aplicar el adjetivo *practicable* al camino o terreno por donde se puede andar, constituye galicismo.

Practicable se dice tan sólo de lo que se puede practicar o poner en práctica.

XXX

Precedente fué siempre adjetivo entre los clásicos y tiene la acepción *de lo que precede o está antes de otra cosa.*

Frase incorrecta: Un hombre de malos precedentes.

Frase correcta: Un hombre que ha delinquido o que ha incurrido en graves faltas, o que ha consumado hechos delictuosos.

El verbo *precisar* significa forzar, obligar.

Ej. Tus preguntas me precisaron a darte explicaciones.

Esto es, tus preguntas me forzaron o me obligaron a darte explicaciones.

Precisar es verbo activo y pecan de incorrectos los escritores que lo hacen intransitivo.

Frase incorrecta: Precisaba salir de allí.

Frase correcta: Era preciso o forzoso salir de allí.

Frase incorrecta: Precisaba hacerlo regresar.

Frase correcta: Era preciso hacerlo regresar.

El uso del verbo *precisar* por puntualizar o especificar es inadmisible barbarismo.

Frase incorrecta: Había que precisar las circunstancias.

Frase correcta: Había que especificar o determinar las circunstancias.

Frase incorrecta: Necesitamos precisar los hechos.

Frase correcta: Necesitamos especificar los hechos.

XXX

Traslado de una hermosa página literaria: La prematura muerte del poeta causó entre sus amigos la más profunda pena.

Al adjetivo *prematuro* le corresponde el sentido de *lo que madura anticipadamente, maduro antes de tiempo.*

En vez de *prematura muerte* debe decirse *inmatura muerte*, esto es, "muerte en agraz, sobrevenida antes de tiempo por no estar maduro aún el morir".

Cervantes dice: Venía con hojas de funesto ciprés coronado, insignias todas de la tristeza que en él reinaba, por la inmatura muerte de su querida Listea.

Frase incorrecta: Comenzó a escribir muy prematuramente.

Frase correcta: Comenzó a escribir muy temprano o muy anticipadamente.

XXX

Preocuparse: Galicismo inadmisible por inquietarse, desvelarse, apurarse.

Frase incorrecta: No te preocupes por tan leve causa.

Frase correcta: No te inquietes o apures por tan leve causa.

Frase incorrecta: El se halla en la más terrible miseria y sin embargo de eso, no se preocupa.

Frase correcta: El se halla en la más terrible miseria y sin embargo de eso, no se apura.

XXX

Adámico y no *adánico* es la forma que traen los diccionarios y la que usan los doctos

escritores para expresar lo relativo a nuestro padre Adán.

Secundario. Barbarismo dominicano por *segundero,* manecilla que señala los segundos en el reloj.

XXX

Arrebatiña y rebatiña. Ambos términos están recibidos.

XXX

Se puede correctamente decir: *Arrevesado, enrevesado y revesado.*

XXX

Se puede correctamente decir: *Alrededor, en derredor* o *en redor.*

XXX

El que juega por necesidad, pierde por cbligación. Proverbio muy frecuentado por jugadores dominicanos y con el cual se manifiesta que quien juega para ganar con que salir de un apuro, pierde siempre.

XXX

El que no sabe es como el que no ve. Paremia dominicana con que se indica que ignorante y ciego, todo es uno.

XXX

El que manda, manda. Proloquio dominicano. A lo ordenado por una autoridad o por quien puede, no hay que oponerse.

XXX

Encantado de la vida. fr. fam. en el pueblo dominicano. A las mil maravillas.

—¿Cómo vives aquí?

—Encantado de la vida.

XXX

Encender la luz. Barbarismo por hacer luz o encender la lámpara, la vela etc.

XXX

En contra de. loc. adv. fam. Barbarismo por *contra.*

Frase incorrecta: Yo siempre estaré en contra de ustedes.

Frase correcta: Yo siempre estaré contra ustedes.

Frase incorrecta: Yo estoy en contra de ti.

Frase correcto: Yo estoy contra ti.

XXX

En cuatro patas. loc. adv. fam. Barbarismo por *a cuatro patas.*

XXX

En dácame esas pajas. loc. adv. En daca las pajas.

XXX

En dos por tres, loc. adv. fam. Barbarismo por *en un dos por tres.*

XXX

En el intertanto. loc. adv. fam. Barbaris-

mo por *mientras tanto, entre tanto, en el interin.*

XXX

En estado interesante. Galicismo por embarazada o encinta: Una mujer *en estado interesante.*

XXX

Enlace matrimonial. fr. absurda, ya que enlace significa matrimonio. ¿Matrimonio matrimonial?

XXX

Enseñanza secundaria. La Real Academia en la última edición de su diccionario sólo trae *segunda enseñanza.*

XXX

Error de imptenta. Yerro de imprenta.

XXX

Haber escuela. fr. fam. Barbarismo por haber clases o labores docentes.

XXX

Espera que te espera. fr. fam. en el pueblo dominicano. Barbarismo por espera y espera.

Ella entró en su casa, y yo espera que te espera en la esquina.

XXX

Estar con una barriga. fr. fam. en el pueblo dominicano. Estar encinta.

XXX

Estar peleados. fr. fam. Estar reñidos: ella y su novio hace mucho que *están peleados.*

XXX

Estar puesta el agua. fr. fam. en el pueblo dominicano. Haber nublado anunciador de lluvia.

Camina pronto, que ya *el agua está puesta.*

XXX

Estar uno al pelo. fr. fam. Estar uno al sabor de su paladar.

Allí, con mujeres, comida, música y cerveza estaré *al pelo.*

XXX

No ser una cosa cuenta del rosario de uno. fr. fig. y familiar en el pueblo dominicano, con la cual se expresa que no debe uno meterse en lo que no le incumbe o importa.

—Ella tiene ahora un nuevo amante.

—*Eso no es cuenta de tu rosario.*

XXX

Fondo. Barbarismo dominicano por patio de una casa.

También *fondo* denota entre la gente dominicana, *paila* grande.

XXX

Ripioso, sa. adj. En Cuba y en el pueblo dominicano se usa por astroso, desharrapado, harapiento, andrajoso.

Ese hombre que ves, mendicante y ripioso, fué millonario.

Termino de imprimir este
libro la imprenta de la
Librería Dominicana, el
21 de Mayo de 1956
Ciudad Trujillo, República
Dominicana